



POEMA PARA UNA NOCHEBUENA

I

El Vengador.

Te soñé como un ángel
que blandiera la espada
y tiñera de sangre
la tierra pálida;

como una lava ardiente;
como una catarata
celeste, como nieve
que todo lo olvidara.

A veces, cuando el viento
del sur se desataba;
cuando alzaba el invierno
su llama blanca;

cuando el cielo sombrío
derramaba las ascuas
de la tormenta, he dicho:
"es su venganza".

Hería con mi herida;
luchaba con mis armas,
volaba por la vida
con mis alas cortadas.

El Vengador, el fuerte
Ángel de la venganza,
mataba con la muerte
que a mí me daban.

Y teñía de sangre
la tierra pálida.

II

Noche cerrada.

Cuántas estrellas tendrá
el mar esta noche...

Cuántas olas, cuántas almas
en pena, cuántos verdoros
que tan sólo el Vengador
oculta y conoce...

Abierta la noche está
como un gran sueño. Los hombres,
los lugares, los caminos,
las horas, los montes,
se han borrado. Sólo queda
soledad y noche.

Oh Vengador: negras alas;
negras músicas, enormes
horas negras... Vengador:
soledad y noche.
Sólo soledad y noche.

¿Han de alimentar el alma,
Vengador, tus roncós sonos,
tus negras alas, tu paso
helado?... ¿Negros crespones
adornan la dolorida
soledad del hombre?...

III

El niño.

Un niño de oro y rosa ¿puede
anticipar el alba?
Una brizna de hierba ¿puede
ser el brazo de la venganza?
El Vengador ¿es el amor?
La mano débil ¿es el hacha?
Con sangre suya y llanto suyo
¿rescata ajena sangre y lágrimas?

Todo era oscuro. Soledad
y noche. (El alma aprisionada.)
Y ahora en la noche se ha encendido
maravillosa llama.
Entre espumas de ola y de nube
el alma canta, liberada.

Como si fuera el centro ardiente
del amor, que todo lo abrasa.

IV

Noche hermosa.

Sabed: si se la escucha,
se oye latir la piedra.
Y resuenan y acordan y hermanan sus voces los siglos
en la dura madera.

Hoy la noche es la mano
que pulsa la piedra y la estrella,
y el corazón el dorado racimo
que va de la estrella a la piedra,
que va de la piedra a la estrella.

Qué silenciosa mano
el corazón aprieta.
Y cómo cae el zumo
y rocía la hierba,
y humedece las calles,
la silenciosa piedra,
las fuentes donde todos
los astros se reflejan.

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
faro celeste que alumbró a los que andan
con sus vidas a cuestas,
cuando ya no seamos
sino viento que pasa y no mueve la rama,
sino mar que se agite y no pone temblor en la playa
[desierta].

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
encendido celaje
interior, agua eterna
que se agita, que corre
de la piedra a la estrella,
de la estrella a la piedra...

J O S E H I E R R O
ILUSTRACION DE EDUARDO VICENTE